

André Bourin

Chateaubriand visto por nuestros contemporáneos

(De «Les Nouvelles littéraires, I-VII-48)

¿Cómo juzgan los escritores contemporáneos a Chateaubriand? ¿Qué rostro le descubren? ¿Qué reflexiones les inspiran su vida, su obra? Cierta número de ellos ha querido dar a estas preguntas las respuestas que se van a leer.

*

Maurice Maeterlinck declara: «Dos o tres veces por año, para purificarme en la fuente de Juvencio, vuelvo a leer algunas páginas de las Memorias de ultratumba, de Chateaubriand, y de las Oraciones fúnebres, de Bossuet. Nada hay, en ninguna lengua, comparable a esta prosa soberana, nada tan humano dentro de lo sobrehumano... No espero encontrar nada mejor en el cielo, donde tendré el placer de encontrar al uno y al otro».

*

Por su parte, Georges Duhamel, de la Academia Francesa, me ha respondido con calor: «Sí, por cierto, releo a Chateaubriand.

¿Cómo no admirar su estilo incomparable? ¡Claro que se le nota la huella del tiempo!, pero no por eso deja de ser un modelo inimitable. Y ¿qué escritor no quisiera haber escrito los comienzos de las *Memorias de ultratumba*?... Por mi parte, el que yo admiro es el historiador de sí mismo antes que el historiador a secas, y son las páginas donde habla de sí mismo las que busco con más agrado. Por lo demás, lo consulto según mis necesidades, según mis trabajos. ¿Tengo alguna información que encontrar? Abro mis casilleros, y ellos me envían unas veces al *Itinerario* y otras a *Los Mártires*. ¡Qué descubrimientos he hecho así!»

*

Para Jules Romain, de la Academia Francesa, Chateaubriand fué un compañero de destierro. Me dice: «Durante esta guerra, en América, he releído las *Memorias de ultratumba*. La calidad y la riqueza de la experiencia de Chateaubriand y de los acontecimientos que evoca, me han inspirado un gran aprecio. Chateaubriand tenía una inteligencia muy aguda de los hechos y de los hombres, y una autoridad moral igualmente impresionante. ¡Vivió en una época terrible, comparable a la nuestra, y que sometía a ruda prueba los caracteres! Abundan las cobardías, las traiciones, las deslealtades. Chateaubriand tuvo siempre la fuerza de no dejarse influir. Vea su actitud durante los Cien Días: permanece consecuente consigo mismo sin deslizarse en ninguna vileza entre el vencedor y el vencido. ¡No tiene nada de esos aprovechadores de que poseemos tantos ejemplos! Véalo en Roma, en medio de las intrigas ignominiosas de la corte: conserva completa honradez de juicio, inalterable fidelidad... Chateaubriand jamás tratará de ennegrecer los rasgos de sus personajes. En su compañía, uno no se avergüenza de la condición humana. En verdad, es de aquéllos cuyo rostro es agradable contemplar!».

*

El aspecto que Paul Claudel, de la Academia Francesa, admira más en Chateaubriand, es el del diplomático, el político. Me afirma enérgicamente: «No se le asigna el lugar que se merece. Y, sin embargo, Chateaubriand tenía buena vista para los hombres, ya que no para los acontecimientos. Tenía un ojo que no le engañaba. Fué así como en Talleyrand supo reconocer al canalla. Tampoco se equivocó sobre el futuro de la monarquía, a la cual permaneció unido por su sentimiento del honor. Sus Memorias son una dirección nacional a través de la historia».

Pero el poeta de Partage du Midi no olvida al apologista del cristianismo:

«Con El Genio, Chateaubriand rehabilitó al cristianismo como fuente de belleza. ¿No es increíble que un trabajo tal debiese ser emprendido; que, en un país donde el pensamiento cristiano impregna la médula de nuestros huesos, haya sido necesario demostrar a los artistas que la religión no les era inútil? Es cierto que nuestra educación moderna no se inspira más que en un paganismo castrado. Se ignora la Biblia; en cambio a nuestros infortunados hijos se les hace traducir versos de Horacio, cuya pobreza de espíritu sobrepasa la de un Viennet. ¡Sí, El Genio del Cristianismo llega oportunamente, pero si se lo volviera a leer hoy (reconozco de todas maneras que es difícil recorrer más de tres páginas)! ¡se encontraría que es una defensa muy tímida. Es libro que dice mucho sobre estos siglos tenidos por esclarecidos!».

*

François Mauriac, de la Academia Francesa, otra conciencia cristiana, emite una opinión bien diferente: «Cero. Sí, doy un

cero al *Genio del Cristianismo*. Sin embargo, tengo a Chateaubriand en gran consideración; reconozco su extrema importancia para los hombres de letras—ha hecho del personaje que él encarna una especie de acierto— y me gusta ese maravilloso toque de violín de *René* que inicia el concierto del siglo XIX. Pero no puedo tener sino una profunda antipatía por una apología del cristianismo escrita en el cuarto de tocador de Mme. Beaumont y fundada en encantos y en valores poéticos. Si el catolicismo no fuera nada más que eso, nada más que hermoso, si no lo creyera verdadero; pues bien, yo no sería de ningún modo sensible a él. Si Chateaubriand ha podido escribir un libro tal, es porque no conocía el sentido del pecado. . .

¿Sus demás libros? ¿*Atala*? ¿*El último Abencerraje*? ¡Por Dios! En realidad me gusta el estilo Restauración, pero prefiero otros *bibelots* a éstos! En cuanto a las *Memorias de ultratumba*, es a Chateaubriand a quien se admira en ellas. Además, advertimos que tanto en él como en Montaigne, Pascal y Rousseau, son los autores los que sobreviven, no sus obras».

*

Ex-Embajador de Francia en Berlín, a François Poncet, le gusta imaginarse a Chateaubriand sobre todo como a predecesor ilustre. Medice: «Chateaubriand calificaba de abrumadoras aquellas tardes de invierno. Aseguraba que se moría de tristeza al escuchar el soplo del viento y los pasos del centinela delante de la puerta de Brandenburgo. En realidad, era imposible que él oyera aquellos pasos y a mí no me cabe duda de que no se aburría, pues las damas de la corte lo apreciaban mucho... Pero dejemos eso. Admiro mucho al político y al periodista que fué. Poseía un sentido agudo de la actualidad, un verdadero don para adivinar el espíritu público y vibrar con él. Se juzgan demasiado superficialmente sus opiniones sobre la expedición a España: la idea de dar a Francia, humillada, ocupada, la con-

fianza en sí misma, haciendo de instrumento del resurgir de España, eso me parece de alta política. Y ¿cómo no admirar en él ese su sentido del honor, que gobierna toda su vida, su capacidad de trabajo, sus escrúpulos? Antes que Agustín Thierry, el verdadero padre de la ciencia histórica es él».

*

Charles de Chambrun, de la Academia Francesa, ocupa el sillón de Chateaubriand y se complace en evocar al vizconde, pero en Roma, donde él también representó a Francia. Me dice: «Residió allí dos veces. En 1803, secretario de embajada, alojaba entre las pulgas, en las bohardillas del palacio Lancelotti, y despachaba pasaportes con su mala letra. En 1828, se instaló, con su mujer, en el palacio de la familia patricia de los Simonetti, cuya última anciana, la condesa de Brazza-Savorgnan, conocí. Soñaba entonces con una política espectacular. Quería mejorar en provecho nuestro el equilibrio de Europa y contaba con la alianza rusa para efectuar este milagro. . . No puedo dejar de evocar el día en que inauguramos, hace catorce años, su busto, en Roma. Era en el Pincio, una hermosa mañana: Mussolini, al aproximarse a Francia, respondía al voto de la Italia ilustrada. La fortuna, entonces, le sonreía. . . Y pienso también en aquel otro día cuando estábamos reunidos frente a la Villa Médicis, más allá de aquella plaza de España donde en otro tiempo la mano de René había sentido detenerse el corazón de Paulina de Beaumont; una corona de laurel fué colocada al pie del monumento por el Príncipe Bocompagni. ¡Ah! ¡Cómo le habría gustado aquel gesto a Chateaubriand!»

*

Historiador del Consulado y del Imperio, Louis Madelin, de la Academia Francesa, si califica con agrado de «monumento es-

pléndido» las Memorias de ultratumba, no deja, sin embargo de desconfiar de ellas. Explica: «Egocentrista como era, Chateaubriand quiso tener siempre el papel principal: de la guerra de España decía *mi guerra*; de León XII, *mi Papa!* De hecho fué sólo un diplomático mediano y un político muy ordinario. Sus ideas carecían de ilación; pasó de la monarquía al liberalismo porque fué destituido de un ministerio. Sus relaciones con Napoleón no fueron como las expone en sus Memorias: pretende haber sido colaborador del Consulado, al escribir *El Genio del Cristianismo*. Bajo el Imperio se muestra opositor y afirma que Napoleón quería hacerlo acuchillar en las gradas de las Tullerías; la verdad es que Napoleón no toleró sino a Chateaubriand el papel de opositor; le demostró cierta benevolencia, y a pesar de que lo consideraba un irreflexivo, lo hizo elegir en la Academia. Pero Napoleón hacía sombra a Chateaubriand, de allí la hostilidad de este último, hasta el día en que comprendió que cuanto más se engrandeciera al Emperador tanto más se engrandecería él mismo. Entonces volvió a Napoleón y escribió sobre él frases magníficas. Chateaubriand es un admirable escritor, pero no se crea que la Historia de Francia hubiera sido otra sin él. Su política no tuvo resonancias; digamos simplemente que él se mezcló en ella».

*

Julien Benda, intitulará un próximo estudio: «Chateaubriand o un romántico de tinte falso». El autor de la Traición de los letrados, afirma: «Está en formal oposición con los románticos contemporáneos, de los cuales algunos como Barrès, no dejan de invocarlo. Lo está por su severidad en frente del alma orgánicamente inquieta, incapaz de una posición firme de corazón o de espíritu. No se ha advertido suficientemente que el autor de *René* describe aquella forma de alma tal vez con simpatía, pero sin exaltarla en modo alguno. Tampoco se podrá

encontrar en él ni la sombra de una apología para esos valores tan apreciados por nuestros modernos: el intuitivismo, el intuicionismo, el irracionalismo. Nunca habría establecido como nuestro bardo loronés desde lo alto de su soberbia: «La inteligencia, ¡qué cosa tan pequeña en la superficie de nuestro ser!», ni pronunciado, en nombre de la «vida», los despreciativos veredictos de M. Suarès con respecto a la ciencia. Considere su concepción del arte, su respeto cien veces proclamado (más que practicado) por la obra bien compuesta, su aversión por el desorden, aunque fuese sublime, y su voluntad de que lo escrito diga siempre «algo»... Mientras más leo a aquel romántico, estoy más seguro de haber visto con justeza al calificarlo, en mi introducción a la *Vida de Rancé*, de viejo heredo-clásico».

*

¿Qué es Chateaubriand para Montherlant? Responde: «Un extraordinario personaje que obtiene lo más seguro de su seducción de lo equívoco de su carácter, de sus ridiculeces, de todo aquello por lo que irrita o impacienta. Los dos tercios de su obra pertenecen a un plano inferior, pero con el tercio sobrante llena su siglo (y con más estilo que Hugo). Además es uno de los tres o cuatro fundadores de la prosa francesa contemporánea. El conjunto de este hombre y de este escritor me parece uno de los monumentos más ricos y más considerables de la literatura francesa».

*

Ocupado en terminar la historia de la Siesta de un Fauno, Henri Mondor, de la Academia Francesa, vuelve su pensamiento hacia Chateaubriand, y por eso el nombre de Mallarmé afluye naturalmente a sus labios. Dice: «No conozco más que una o dos alusiones de Mallarmé referentes a Chateaubriand, aquélla,

por ejemplo, donde habla «de una amplia ondulación de períodos». Pero un crítico importante hace un día, en un curioso esbozo de simetría, una aproximación inesperada, cuando ve que el siglo XIX comienza con Chateaubriand por la *poesía de la religión* y termina con Mallarmé y sus grandes discípulos, por la *religión de la poesía*».

M. Henri Mondor no puede resistir a la tentación de citar de Chateaubriand algunas frases suntuosas. Concluye:

«Perdóneme estas citas, o, mejor, recitaciones. Pero en la precipitación del día en que usted me coge, he preferido recurrir a la memoria más que a la improvisación... Y, por otra parte, ¿no es una de las alegrías de la admiración hacer oír, antes que la propia voz, la de aquéllos que uno admira? ¡Ah! ¡magnífico escritor! Y la magnificencia también tiene algo que ver en la literatura».

*

Semejante entusiasmo no es compartido por Jean Paulhan:
«¿Qué pienso yo de Chateaubriand? Así, de improviso, no tengo opinión. Déjenme volver a leerlo. Lo malo es que tampoco tengo deseos de volverlo a leer. Se puede prescindir de él fácilmente... Releer a Barrès o a Montherlant ¡es menos aburridor que leer *Atala!*

No me agradan mucho los que hacen literatura al mismo tiempo que juran por los grandes dioses que ellos no son escritores. Por otra parte, ¡qué hermosa literatura! ¡qué sentido de la palabra! Me refiero a la palabra física, con sus relaciones, sus fallas, sus trabazones... con toda su naturaleza carnal. Sin embargo, daría con gusto todo Chateaubriand por una página de Rimbaud; o de Jules Renard (ese Rimbaud de la prosa). Hay un proverbio florentino que dice: «Si yo fuera una ostra, no cultivaría mis perlas». Chateaubriand ha cultivado dema-

siado sus perlas. Gran escritor es el que sabe cuidar la parte de la ostra».

*

Alain declara: «Yo he encontrado siempre, especialmente en la Universidad, gentes que habrían preferido borrar a este escritor. Esto me irritaba. Veía que en cuanto a sus viajes se le reprochaba haber, a menudo, descrito cosas que no había visto. Valiente reproche, cuando se ve a tantos escritores describir tan mal cosas que han visto muy bien. La literatura no es la geografía, y el genio no es el saber. Tengo a Chateaubriand por un vidente que transforma en real, cierto y conmovedor, lo que inventa. El ha vivificado toda una parte de la historia, comprendido el tiempo cuando fué ministro, a causa de su impaciencia en esperar que su tiempo se conformara a su voluntad; la acción acaba por ser el instrumento del poeta. En síntesis, le reconozco grandeza en todo. En *Los Mártires*, se ve conjuntamente lo más elevado del paganismo y lo más elevado del cristianismo, cada uno en su fuerza, lo que constituye un momento de la historia. Porque, ¿qué es la Historia sino una prosecución de tales momentos?... Para terminar, diré que no hemos carecido de grandes hombres; más bien es el público lo que les ha faltado».

*

Jean Cocteau opina: «El público carece de talento, y juzgar una lengua desde el punto de vista de la musicalidad, es ser ignorante, Chateaubriand, como todos los grandes escritores, no se preocupa sino de lo que quiere decir. Ciertamente es el hombre que anuda más sus frases, pero no se haga de él un virtuoso: un virtuoso no es grande sino en la mala música. Con *La Vida de Raucé*, Chateaubriand ha ensayado audacias de ese

estilo, abreviaciones asombrosas: por esta audacia y esta energía, todos los escritores le deben algo. Pero *Rancé* es un libro hermético. Constituye su gran obra secreta y usted sabe que todo hombre secreto perdura más que un hombre glorioso. Chateaubriand puede muy bien tener admiradores; *Rancé* no tiene sino amigos».

*

Marcel Jouhandeau me dice: «Todavía es La Vida de Rancé lo que me preocupa. Acabo de escribir una introducción a este libro. ¡Qué tono, comparado con el del Genio! Ningún otro posee sus hallazgos, sus violencias, sus resplandores de diamante. Es como si antes de partir, Chateaubriand hubiese querido vaciar sus bolsillos... Es su testamento espiritual, un admirable pretexto para conmover a todos, del mejor al peor. Y ¡qué modo de escribir! Se pasa por todos los tonos, por todas las escalas, por todos los estilos: sólo con el Arte de la fuga de Bach se puede comparar a este libro donde Chateaubriand nos habla del pasado como contemporáneo del pasado; se muestra igual a Saint-Simon, recuerda a Chanfort por sus anécdotas. Rancé es una ética y al mismo tiempo es una condenación de sí mismo y del romanticismo. Verdaderamente el hombre que ahí se da, es inmenso!»

*

Una sonrisa escéptica acompaña la respuesta del abogado Maurice Garçon, de la Academia Francesa: «En el campo yo vuelvo a tomar con gusto dos libros: el Memorial de Santa Elena y las Memorias de ultratumba. ¡Por qué? No sabría decirlo. Los abro al azar y leo algunas páginas. A veces, encuentro en ellos una ayuda. Así fué como, en el curso de un proceso, tenía yo que decir a los magistrados algo bastante desagradable para

ellos. No sabía cómo arreglar mi frase. Oportunamente Chateaubriand vino en mi auxilio y fué citándolo como declaré: «Hay épocas en que es preciso hacer economías de desprecios a causa del gran número de necesidades». Lo que fué muy bien recibido».

*

Alexandre Arnoux, de la Academia Goncourt, suspira: «Chateaubriand me aterroriza. Me hiela. Entre él y yo, ningún contacto personal, sin duda porque, a mi modo de ver, él representa el tipo de escritor-escritor. En Saint-Simon, la personalidad esplende a pesar suyo; literariamente es muy modesto. En Chateaubriand, al contrario, siempre es a Chateaubriand a quien se ve; ocupa su tiempo en fabricar su personaje. ¡Qué diferencia con Montaigne, con Pascal, con Stendhal, a quienes vuelvo a leer cada seis meses! La hinchazón romántica de Chateaubriand no entretiene sino corto tiempo. Sin embargo, reconozco que su composición constante es la de un gran artista. Desgraciadamente, nunca hay en él fluidez natural. Tampoco he podido leer completo un solo libro suyo. Solamente fragmentos. Sé que los hay deslumbradores. Pero de una belleza tal que no puedo continuar».

*

Al solo nombre de Chateaubriand, Léo Larguier, de la Academia Goncourt, se exalta, y con una voz magníficamente trágica, hace resonar los períodos numerosos del Prefacio testamentario. Luego: «Chateaubriand es el más bello espécimen de humanidad. Soy muy sensible a la vida de los hombres ¡cuando pienso en la vida de este hombre! ¡Ministro, Embajador, hermoso como un dios! Nunca sesupo cuál era el color de sus ojos: era algo fulgurante... ¡Y qué soplo! Vea, hoy no somos sino escribanos».

*

Paul Leautaud lo proclama también muy alto: «Tengo un culto—podría agregar, envidia—por los hombres que han tenido una vida plena, lejos de lo extremoso y de lo común, en circunstancias, en manifestaciones, en aventuras, en amores. Este solo sentimiento dirá lo que experimento frente a Chateaubriand. No lo admiro menos como a hombre, por su desinterés, su fidelidad a ciertos principios, los sacrificios que ha debido hacer para mantener esta fidelidad. Hoy no tenemos hombres así... Admiro fuertemente a los individuos de valor, de personalidad poderosa, que, sabiendo lo que son, cuidan como una hermosa creación el personaje que son. Usted conoce las páginas de Hortense Allart sobre su relación con él y sus citas en una posada del lado del Parque Botánico. Son maravillosas. Me he hecho con esas páginas un folleto. ¡Feliz el hombre para quien el amor no era sino un adorno y que se sabía amado conservándose intacto!»

*

Joseph Delteil no se muestra menos entusiasta, y exclama: «¡Chateaubriand! Ha enardecido fabulosamente mi juventud. Es el tipo de mis héroes «literarios». Esa familia de los Bossuet, de los Jean-Jacques, del vizconde de Chateaubriand y del conde de Lautréamont, de los Barrès, de los Claudel, es mi familia (¿qué quieren que haga? Retz no es mi primo... ni Diderot mi tío). Esos son más bien nombres que obras, nombres legendarios, como el caviar. Hoy, bueno, leo poco (iba decir, inocentemente, que no leo). En efecto, tal vez no he abierto uno de sus libros desde hace veinte años. Pero, de todas maneras, diga, si por casualidad lo vuelvo abrir, ¡ah!, amigo mío (pero no lo diga, porque me avergüenzo enormemente), se me vuelve a

enardecer la sangre hasta los pies y la voz me sube, los ojos se me dilatan, el corazón me late como a un vulgar coribante».

*

La Varende, normando, para hacer más suyo a Chateaubriand, lo saca de su tierra natal. Sostiene: «Este padre de Flaubert, este tío de Barbey, apenas es bretón; su lengua es hermana de la que empleaba la dialéctica normanda y que encuentra su expresión natural, grave, pesada y complicada, en nuestros considerandos interminables. Me gusta mucho, saboreo, debajo de su máscara trágica y su bocina glacial, al farrero de ademanes señoriales, al enano montado sobre patines, coturnos escénicos y tacones rojos, al «fantaboche» de aire desenvuelto. Su genio cómico me encanta como debía arrebatarlo a él mismo. Haber sido el más ceremonioso de los hombres y ser el único a quien se llama por el nombre de pila: no medir más que un metro sesenta y cinco y haber dominado todas las estaturas: ¡ah! ¡qué divertido!»

*

*Jean Guehenno lo hubiera tomado en cuenta en forma parecida aunque Chateaubriand no hubiese sido bretón. Me declara: «Para mí existe, como Renán, como cualquier bretón. Una calle de Fougères lleva su nombre. Yo pasaba mis vacaciones muy cerca de una propiedad donde él había vivido: él fué quien me reveló la literatura y cierta manera noble de hablar. Pronto leí *Atala*, *René*, pero todavía por simples razones anecdóticas. Como universitario volví a encontrar a Chateaubriand, ya que figuraba «en el programa». Continué teniendo la misma curiosidad por el personaje real. Leí su correspondencia. Si usted toma sus primeras cartas, constatará que no son las de un escritor. Media un abismo entre el Chateaubriand de aquellos años*

y el del *Ensayo sobre las revoluciones*; es porque durante sus años de emigración trabajó prodigiosamente, según creo. La especie de ternura del corazón que atribuyo a Chateaubriand, tal vez falsea la idea que me forjo de él; pero, con razón o sin ella, creo que hay pocos escritores tan importantes como él. Existe un lenguaje antes de Chateaubriand y otro después de él.

No estoy muy de acuerdo con las ideas de Chateaubriand; por eso me chocaría en extremo si yo no fuera de Fougères. Y si yo fuera católico, le perdonaría menos todavía, pues no podría admitir que se celebre una religión por lo bella, y no por lo verdadera. Pero los católicos medios deberían estarle muy agradecidos. ¿Acaso el catolicismo del siglo XIX no fué muy semejante al suyo?

En cuanto a sus ideas políticas, creo que no estimó sino la libertad; su vida es la prueba de ello. Estaba mucho más penetrado del pensamiento del siglo XVIII que lo que se cree.

Queda el hombre, su sinceridad, su honradez. No se puede ignorar lo que hay en él de juego y de alarde. Pero el genio tiene derechos y además es una gran cosa terminar por *La Vida de Rancé*. Después de recorrer muchos caminos, Chateaubriand enfrentaba verdaderos problemas, y hablar el lenguaje más admirable no era para él solamente un medio de darse tono y de mentir».

*

A Jules Supervielle, «pequeño lector», sólo le gusta dar con el aire de un libro. Pero confiesa que el tono de las *Memorias «lo atrae hacia Chateaubriand»*: «Su sentimiento de América me exaspera. Sin embargo, su hechizo, aunque algo convencional, existe a pesar de todo.

Parte de la obra de Francis Jammes nació de él. En cuanto a su nostalgia ¿no tendría su origen en el gran viaje de sus años juveniles? A menudo se encuentra un viaje en el origen de una

vida de poeta: tenemos a Hugo, a Baudelaire. Así han adquirido un sentido de las distancias, que llegan a ser distancias interiores y que les hacen ver en sí mismos las cosas y les comunican nostalgia».

*

Sin embargo, el autor de las Memorias de ultratumba puede a veces descorazonar o espantar a algunos. Esa es la razón de que André Gide tenga que declarar: «Hay demasiado que decir sobre Chateaubriand. Por eso más vale no decir nada».

(Tradujeron MARÍA EUGENIA ROJAS Y
ALFONSO M. ESCUDERO).